

John Locke

Compendio del Ensayo sobre el entendimiento humano

Traducción, introducción y notas de
Juan José García Norro y Rogelio Rovira



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Abstract of the Essay concerning Human Understanding*

Primera edición: 2002
Segunda edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Editorial Tecnos, S.A., 1999
© de la traducción, introducción y notas: Juan José García Norro y Rogelio Rovira, 1999
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2002, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-193-0
Depósito legal: M. 15.663-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Juan José García Norro y Rogelio Rovira
 - 10 ¿Cómo se escribió el *Ensayo*?
 - 18 Intención y carácter del *Compendio*
 - 27 La presente edición
 - 28 Notas
 - 33 Bibliografía
- Compendio del Ensayo sobre el entendimiento humano
- 43 Libro I
 - 44 Libro II
 - 71 Libro III
 - 92 Libro IV

Introducción

De cuantos libros han visto la luz, muchos jamás han alcanzado fama alguna; unos pocos obtuvieron cierto efímero renombre; son escasos los que han logrado un aprecio duradero; y han sido, en verdad, rarísimos aquellos cuya gloria precedió a su publicación y continuó siglos tras ésta. Entre los libros de este último género ocupa un lugar destacado el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke, que no en vano ha sido señalado como una de las obras que han hecho época en la historia del pensamiento.

Gran parte del prestigio que adquirió este libro ya antes de su publicación se debe precisamente al escrito que el lector tiene en sus manos, que no es sino el compendio que de esta obra capital hizo el propio Locke y que publicó dos años antes de

la aparición del *Ensayo*.

Por lo demás, de la fama alcanzada por el libro de Locke tras su publicación en 1690 dan fe las cuatro ediciones llevadas a cabo en vida del autor, su pronta traducción al francés –sólo diez años después de la aparición en lengua inglesa–, debida a Pierre Coste, que trabajó bajo la supervisión del propio Locke, y la versión latina de la obra un año más tarde, en 1701. Testimonio indudable de la celebridad alcanzada por el *Ensayo* es asimismo la rica polémica a que dio origen. Baste recordar, entre otras, las críticas de Norris¹, Stillingfleet², Burnet³, Sergeant⁴, Lee⁵, Sherlock⁶ e incluso Leibniz⁷, que suscitaron otras tantas defensas, como las que el mismo Locke llevó a cabo y publicó frente a las objeciones de Stillingfleet, única discusión que el filósofo aceptó públicamente⁸, o la defensa del *Ensayo* que escribió Samuel Bold⁹. Tras la muerte de Locke, la fama de su obra no hizo más que crecer, sucediéndose ediciones y resúmenes de ella.

¿Cómo se escribió el *Ensayo*?

Según el testimonio del propio Locke, el *Ensayo sobre el entendimiento humano* tuvo su origen en una tarde de invierno de los primeros meses

de 1671, en la que se reunieron media docena de amigos en la habitación que el filósofo ocupaba en la casa de lord Ashley, a quien Locke servía desde hacía cinco años como médico personal, secretario y hombre de confianza. El propósito de la reunión era discutir un tema muy diverso del tratado en el *Ensayo*, que, como es notorio, versa sobre el origen y los límites del conocimiento humano. A lo que parece, la tertulia no tuvo en ese momento el éxito esperado. Pero leamos la noticia tal como Locke la confía al lector del *Ensayo* en el prefacio de la obra:

Si fuese pertinente abrumarte con la historia de este *Ensayo*, te diría que estando reunidos en mi gabinete cinco o seis amigos discutiendo un asunto muy alejado de éste, pronto nos vimos detenidos por las dificultades que de todos lados aparecieron. Después de devanarnos los sesos durante un rato, sin lograr arrimo más cercano a la solución de aquellas dudas que nos sumían en la perplejidad, se me ocurrió que habíamos desviado el camino y que, antes de empeñarnos en inquisiciones de esa índole, precisaba examinar nuestras aptitudes, y ver qué objetos están a nuestro alcance o más allá de nuestros entendimientos. Así lo propuse a la reunión, y habiendo asentido todos de buena gana, convinimos en que ése debería ser el primer objetivo de nuestra

investigación. Unos cuantos precipitados y mal digeridos pensamientos acerca de un asunto al cual jamás había prestado consideración, redactados con motivo de nuestra próxima junta, fue lo que abrió puerta a este Tratado, el cual, habiendo empezado así por azar, fue proseguido a ruego de mis amigos. Escrito en porciones incoherentes, mediando largos intervalos de abandono reanudado cuando el humor y la ocasión lo permitían, y, por último, refugiado en un retiro donde, por atender a mi salud, tuve necesario ocio, fue al fin reducido al orden en que ahora lo ves¹⁰.

Nada, en verdad, inclina a pensar que semejante reunión no tuviera lugar. Locke, aunque fijándola en una fecha posterior, debido quizá a la viveza con que se conservaba en su memoria, la recuerda en la carta que envía a Edward Clarke en diciembre de 1686¹¹. Conocemos también, al menos, a dos de los asistentes a dicha reunión: Thomas y Tyrrell¹². Y, a mayor abundamiento, es sabido que este último, en una nota manuscrita en el margen de su ejemplar del *Ensayo* –hoy conservado en el British Museum–, además de recordar la reunión, dejó constancia del tema tratado en ella: los principios de la moralidad y de la religión revelada¹³.

Sabemos asimismo que, desde el día de la céle-

bre reunión –y quizás desde antes– hasta la publicación de la primera edición del *Ensayo*, Locke no dejó de trabajar en la elaboración de sus pensamientos, si bien lo hizo sólo intermitentemente, en los momentos de ocio que le dejaba el agotador trabajo como secretario del conde de Shaftesbury¹⁴. Gracias a diversos documentos cabe incluso reconstruir parcialmente esa larga meditación de Locke sobre el entendimiento humano¹⁵. Dichos documentos son de cuatro clases. En primer y principal lugar, los tres borradores del *Ensayo*, conocidos por los estudiosos lockeanos –a partir de los trabajos de Richard I. Aaron– como Draft A, Draft B y Draft C. En segundo término, los extensos diarios conservados del filósofo, que abarcan el período comprendido entre 1676 y 1688. En tercer lugar, los llamados «escritos misceláneos». Y, finalmente, las numerosas cartas de Locke y dirigidas a Locke que tenemos a nuestra disposición. La mayor parte de este material se encontraba en el poder del filósofo en el momento de su muerte y fue dejado en el testamento a su sobrino Peter King, fundador de la familia Lovelace, que los custodió hasta el año 1937, en que fueron, en su mayor parte, entregados a la Bodleian Library de Oxford. Muchos de estos manuscritos fueron editados por lord King en 1829¹⁶.

Del escrito que, según confesión propia, Locke

se comprometió a entregar a sus amigos no tenemos ningún ejemplar, salvo que se trate del Draft A. Esta hipótesis es, no obstante, muy improbable, dada la gran extensión de este borrador. Más bien hay que pensar que el Draft A es un texto ampliado, y sensiblemente mejorado, de lo presentado por Locke a sus contertulios y que fue escrito durante el verano de 1671. El esbozo dejó insatisfecho a Locke, como se ve por la última página, en que vuelve a considerar una cuestión tratada al comienzo, mostrando así su descontento con la solución que antes le había dado. En el otoño de 1671 compone Locke un segundo manuscrito, que, por las apariencias, estaba destinado a la imprenta. Se lo conoce como Draft B. Está también inacabado, y acaso no sólo por falta de tiempo, sino, sobre todo, por no encontrarse satisfecho tampoco Locke con su propia posición. De aquí que resulte sumamente instructivo para un estudio profundo del pensamiento de Locke el cotejo de ambos borradores con la versión definitiva del *Ensayo*.

Las numerosas obligaciones que imponía su servicio a lord Ashley, a la sazón conde de Shaftesbury, impidieron probablemente a Locke seguir ocupándose de los problemas tratados en los dos borradores citados. Sólo cuatro años después, cuando, por motivos de salud, hubo de bus-

car sosiego en Francia, pudo el filósofo volver a concentrarse en los problemas filosóficos. Por sus diarios podemos seguir las reflexiones que llevó a cabo en 1676, en Montpellier, sobre la voluntad, el poder, el placer y el dolor o las pasiones, temas casi ausentes en los borradores A y B, como también, en general, los asuntos sobre los que reflexiona en el tercer y cuarto libro del *Ensayo*, por ejemplo, las ideas simples de reflexión, la razón y la fe o la idea de la divinidad. En 1677, durante su estancia en París, elabora un escrito sobre el alcance y la medida del conocimiento (*Knowledge, its Extent and Measure*), en el que se trasluce un bosquejo del cuarto libro del *Ensayo*. El diario del año 1678 recoge las reflexiones de Locke sobre problemas en torno a las relaciones, el espacio, la memoria, la locura, junto a numerosas referencias a las lecturas filosóficas efectuadas en aquella época en Francia, entre las que cabe destacar la larga nota de su diario titulada *Méthode pour bien étudier la doctrine de Mr. des Cartes*. En 1679 da por concluidas sus saludables vacaciones, abandona París y regresa a Londres al servicio de lord Ashley.

De nuevo, el agotador trabajo político eclipsa su reflexión filosófica y sus diarios de 1680 no dejan rastro de anotaciones de esa índole. En 1681 regresa a Oxford y encuentra momentos para la

filosofía, mientras su protector, el conde de Shaftesbury, es detenido, juzgado y puesto en libertad, aunque, inmediatamente, intranquilo por su futuro, se exilia en Holanda. El diario de Locke de ese año y del siguiente recoge numerosas anotaciones sobre la verdad, el conocimiento, la demostración de la existencia de Dios, la relación entre materia y pensamiento, así como su ataque al entusiasmo o fanatismo.

En enero de 1683 muere el conde de Shaftesbury en su exilio holandés. Para Locke fue otro año en que los asuntos políticos no le permitieron el tiempo y el estado de ánimo indispensable para entregarse a la filosofía. Temiendo por su suerte, marcha en septiembre al exilio en Holanda. Pasa los últimos meses de 1683 y el año 1684 visitando los Países Bajos, confiado en la posibilidad de un rápido retorno a la patria. Pero las noticias que de ella vienen no pueden ser peores. Por deseo del rey es despojado de sus cargos en Oxford. En la primavera de 1685 muere Carlos II. Sube al trono Jacobo II. Monmouth se rebela infructuosamente contra él. En la investigación del complot aparece, presumiblemente sin fundamento, el nombre de Locke. Se pide a Holanda su extradición y el filósofo se ve obligado a ocultarse bajo un nombre supuesto, aunque resultaba claro que el gobierno holandés, que evidentemente no sim-

patizaba con la monarquía católica inglesa, no iba a poner gran empeño en encontrar a los conspiradores.

Estos turbulentos acontecimientos no impiden a Locke ocuparse en la filosofía. Por una carta a Clarke del primero de enero de 1685 sabemos que el filósofo pasa ese invierno trabajando

en mi investigación sobre el entendimiento humano, un tema sobre el que he pensado durante largo tiempo y escrito, sin método, mis pensamientos tal como se me ocurrieron en distintas épocas y ocasiones y que ahora quisiera, en este retiro, poner en un discurso menos confuso y más coherente¹⁷.

De este trabajo queda una constancia, al menos parcial. Es el manuscrito conocido como Draft C. Se trata de un texto ya preparado para la imprenta que Locke envía a varias personas, en especial a lord Pembroke¹⁸, para su aprobación. El Draft C, tal como nos ha llegado, comprende exclusivamente los libros primero y segundo del *Ensayo*. En octubre de 1686 el tercer libro está ya listo, y en diciembre de ese mismo año, el cuarto. Sin embargo, la meticulosidad de Locke no le deja satisfecho y seguirá corrigiendo su obra continuamente, pues, como apuntó el filósofo al dar cuenta al citado Clarke de la composición del cuarto

libro del *Ensayo*, no habría de parar hasta que estuviera «en alguna condición tolerable (*in somewhat tolerable condition*) para ser mostrado a algunos amigos»¹⁹.

Cuando Locke retorna a Inglaterra a principios de 1689, el *Ensayo* está totalmente listo para la imprenta, aunque Locke no se resiste a unos últimos retoques²⁰. En mayo de ese año escribe la dedicatoria al conde de Pembroke y en diciembre informa al gran teólogo Limborch, íntimo amigo suyo en el exilio holandés, de que la impresión del *Ensayo* está casi concluida. En su carta añade una frase que resume los recelos de un escritor novel y de un hombre prudente: «La suerte ya está echada y ahora me lanzo al ancho océano (*Interim jacta est alea, et jam magnum aequor navigo*)»²¹.

Intención y carácter del *Compendio*

A finales de 1685 conoció Locke al intelectual ginebrino Jean Le Clerc, con quien trabó una sólida amistad²². Le Clerc proyectaba a la sazón sacar a la luz la *Bibliothèque universelle et historique*. Pronto se convirtió esta revista literaria en una de las principales de la época, gozando de gran prestigio y amplia difusión. En ella aparecieron los primeros trabajos de Locke, si se exceptúan algunos

versos juveniles publicados por el propio filósofo en Oxford. A instancias de Le Clerc prepara Locke durante los años 1687 y 1688 el *Compendio* de su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, al tiempo que continúa revisando su obra capital.

Dos parecen ser los propósitos principales que impulsaron a Locke a escribir este breve epítome y a publicarlo antes que la obra de la que es resumen. El primero no es otro que el de dar a conocer unas ideas largamente meditadas –y hasta ese momento sólo discutidas en círculos íntimos– en los ambientes cultos de la Europa de su tiempo, para comprobar la acogida y el eco que habían de suscitar. En la nota que sigue a la publicación original del *Compendio* –redactada, sin duda, bajo la inmediata dirección de Locke– se lee, en efecto:

Éste es el extracto de una obra inglesa que el autor ha consentido publicar para satisfacer a algunos de sus amigos personales, y para procurarles un resumen de sus opiniones. Si alguno de los que se tomen la molestia de examinarlas cree observar en ellas algún punto en el que el autor se haya equivocado, o alguna cosa oscura y defectuosa en este sistema, no tiene más que enviar sus dudas, o sus objeciones, a Amsterdam, a Marchands Libraires, que es donde se imprime la *Bibliothèque Universelle*. Aunque el autor no tenía muchas ganas de ver su obra impresa,

y cree que se debe tener más respeto por el público que el de ofrecerle de buenas a primeras lo que se cree que es verdadero, antes de saber si los otros lo aceptarán o lo juzgarán útil, no es, sin embargo, tan reservado que no se pueda esperar que se disponga a dar al público su tratado entero, cuando el modo en que este resumen haya sido recibido le dé ocasión de creer que no publicará inoportunamente su obra²³.

Es perfectamente explicable, dado el carácter de Locke, hombre prudente y temeroso, capaz de guardar varios años una obra acabada, mostrándosela tan sólo a sus amigos y retocándola aquí y allá una y otra vez, que el filósofo quisiera tantear el terreno para sus nuevas ideas antes de dar a conocer por entero su gran obra. ¡Qué alejado está, en verdad, el temperamento de Locke del desparpajo juvenil de Berkeley o de Hume, que con veintitantos años publican sus primeros, y principales, libros! A mayor abundamiento, muy bien pudo suceder también que Locke se decidiera a comunicar sus tesis filosóficas tras haber encontrado un medio plenamente adecuado para ello. Tal era, como ya ha quedado dicho, la recién fundada y ya famosa revista de *Le Clerc*. Aceptando, pues, la invitación de su editor –que sabía bien de la enorme expectativa que en ciertos círculos intelectuales había suscitado la inédita in-

vestigación sobre el conocimiento humano del reputado hombre de letras inglés del que tanto se hablaba, a pesar de no haber publicado aún apenas nada²⁴— compone Locke en inglés para sus páginas dicho resumen. En su redacción tuvo acaso a la vista la versión completa de la obra que había enviado a lord Pembroke en 1685. El propio Le Clerc se encargó de traducir el compendio al francés. Y dicha versión francesa apareció en el tomo VIII, correspondiente al año 1688, ocupando las páginas 49 a 142, de la citada *Bibliothèque universelle et historique*, con el título «Extrait d'un livre anglois qui n'est pas encore publié, intitulé, Essai philosophique concernant l'entendement, où l'on montre quelle est l'étenduë de nos connoissances certaines, & la manière dont nous y parvenons»²⁵.

Del cumplimiento de este primer propósito hay un doble testimonio. Por una parte, las diversas cartas recibidas por el filósofo en alabanza del *Ensayo*²⁶. Por otra, las varias voces que se levantaron contra el proyecto de Locke —el de explicar el conocimiento sin recurrir a las ideas innatas— y de las que el propio pensador se lamenta en la «Epístola al lector» que encabeza su obra capital:

Tengo noticia de que un breve epítome de este Tratado, impreso en 1688, fue condenado por algunos,

sin previa lectura, porque en él se negaron las ideas innatas, concluyendo precipitadamente que, si no se suponían las ideas innatas, poco quedaría, ni de la noción ni de la prueba del espíritu. Si alguno se ve tentado a hacer esa crítica al iniciar este Tratado, le ruego que lo lea todo, y creo que entonces se convencerá de que remover cimientos falsos no es causar un perjuicio, sino un servicio a la verdad, la cual nunca padece ni pelagra tanto como cuando se mezcla con la falsedad o se edifica sobre ella²⁷.

La segunda finalidad perseguida con la publicación del *Compendio* parece haber sido la de allanar el camino a una obra que Locke mismo consideraba prolija y de difícil lectura²⁸. Las meditaciones acumuladas durante veinte años habían dado lugar, en efecto, a una obra muy extensa, densa y con continuas digresiones, que hacían difícil seguir el hilo principal de sus tesis. El propio Locke no se sentía ya con fuerzas –o acaso con ganas– de emprender una nueva redacción de ella, aligerando su exposición. ¡Hasta tal punto se apega el escritor a lo escrito! No obstante, ya desde el comienzo mismo de su libro el filósofo estimuló la publicación de exposiciones simplificadas de su pensamiento. Dice, en efecto, de su *Ensayo*: «No negaré que, posiblemente, pudiera reducirse a más estrechos límites, y que algunas de sus par-

tes pudieran acortarse, pues la manera en que ha sido escrito, a ratos y con muchos largos intervalos de interrupción, puede ser causa de repeticiones. Pero, a decir verdad, tengo demasiada pereza o estoy demasiado ocupado para abreviarlo»²⁹.

Resulta sorprendente que Locke presente un epítome de un escrito todavía no aparecido –del que nada se sabía, por tanto, de su estructura y división interna– ofreciendo un resumen de cada uno de los libros y capítulos de la obra en cuestión. Esta circunstancia es por sí misma elocuente del carácter con que concibió Locke este compendio. Se trata, en efecto, de un texto que habría de servir de «guía de lectura», si cabe decirlo así, de su *Ensayo*, que lo desbrozara de comentarios interesantes, pero ocultadores del camino principal, y que mostrara con claridad la línea argumentativa del proyecto filosófico emprendido. Dos testimonios sacados de la correspondencia de Locke prueban fehacientemente estas afirmaciones. El primero procede de una carta enviada a Robert Boyle en los comienzos de 1688, en la que Locke declara que su compendio no es sino «el esqueleto (*the skeleton*)» de su obra entera³⁰. El segundo se contiene en la carta que el filósofo envió a Clarke muy pocos días antes que la citada. En ella le pide a su amigo que le haga llegar a lord Pembroke –a quien Locke, como se ha dicho, ha-

bía enviado en 1685 el borrador de su *Ensayo*— el *Compendio* recientemente publicado, añadiéndole esta recomendación: «El compendio mismo será de alguna utilidad, pues en él verá todo mi propósito reducido a un orden mejor (*my whole design reduced into a better order*) que cuando se escribió aquel ejemplar»³¹.

Una nueva prueba de este carácter del *Compendio* lo ofrece el hecho siguiente. En 1695, a punto de aparecer la tercera edición del *Ensayo*, recibe Locke una carta de John Wynne, tutor en Oxford, en la que somete a su consideración la conveniencia de hacer un resumen —o, mejor, una reelaboración— del *Ensayo* que pudiera servir de libro de texto para sus estudiantes. Y en este punto Wynne tiene dudas de que el compendio publicado por Locke sea adecuado a la empresa propuesta. Le escribe, en efecto: «Sé que en el prefacio menciona usted un epítome de su obra; pero, hasta donde estoy informado, está en una lengua que no es comúnmente entendida entre nosotros y apenas responde al fin que yo persigo»³². En su respuesta, Locke, además de ofrecerle la versión inglesa original de su epítome, confirma las dudas de Wynne:

El compendio que se publicó en Francia en la *Bibliothèque Universelle* de 1688 no responderá ni por

sus dimensiones ni por su propósito al fin que usted pretende, pero si el primitivo borrador de él, que creo que tengo en inglés en alguna parte entre mis papeles, es de alguna utilidad para usted, puede disponer de él³³.

Estas palabras del autor del *Ensayo* constituyen, pues, un testimonio indirecto de la índole del resumen aparecido en la revista de Le Clerc, el cual, lejos de ser un sustituto del libro que evite su lectura, está destinado precisamente a facilitar y hacer más provechoso su estudio.

No es, en verdad, frecuente en la historia de la filosofía que un autor, tras escribir su obra capital, se tome la molestia de hacer un compendio de ella en pocas páginas. Pero, además del caso de Locke, son famosos dos resúmenes: el que elaboró Hume de su *A Treatise of Human Nature*, y que publicó anónimamente, poco después de aparecer su obra, con el título de *An Abstract of a Book lately Published; Entitled, a Treatise of Human Nature, &c. wherein the Chief Argument of that Book is farther Illustrated and Explained*; y el que preparó Leibniz de su único libro publicado en vida, los *Essais de Théodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal*, y que editó como apéndice de esta obra con el título de *Abrégé de la controverse, réduite à des arguments en forme*. Del cotejo de es-